

Carta abierta a los incrédulos

Claude Muller

Introducción

Ninguno es profeta en su país, ni en su familia, ni entre sus amigos...

Sin embargo, este trabajo constituye sobre todo un intento de hacer comprender a mi familia y a mis amigos mi postura y mi comportamiento en la vida.

Además, de la misma manera que uno pone sobre el papel las cifras para hacer más fácil una operación matemática, pongo en el papel esas ideas para “aclararme”, para intentar poner un poco de orden en mi concepción del mundo y de la vida.

Por consideración por un texto que es el fruto de 45 años de lecturas y reflexión, os ruego que tengáis la paciencia de leerlo despacio, sin intervenir mentalmente, pensando “eso no es así” hasta haber leído todo hasta el final. Entonces, naturalmente, tendréis que reflexionar, valorar la validez de lo expuesto y someterme luego vuestras incomprendiones, dudas y objeciones. Y si vuestras objeciones pueden cambiar algo en mi planteamiento, deberé sentirme contento, porque si alguien consigue arrebatarme los argumentos de una persona y probarle que está en un error, dicha persona no debería molestarse sino que, al contrario, debería alegrarse de estar más cerca de la verdad (o, si se prefiere, más alejado del error) que antes.

De la misma manera que no hago personalmente ni una de las células que componen mi cuerpo, ni hago la digestión de “mi” estómago, ni hago crecer - o no crecer - mi pelo, ni hago tampoco ni uno de mis pensamientos. Si bien es verdad que, de la misma forma que no puedo ponerme moreno, pero puedo ir al sol para que ese ponga mi piel morena, puedo orientar mi mente de tal manera que tendré más posibilidad de pensar más en una(s) cosa(s) que en otra(s). Sin embargo, no puedo saber nunca lo que me va a venir en mente. En efecto, si observo con atención “mis” pensamientos, puedo constatar que esos no son míos, porque no los hago yo deliberadamente. En consecuencia, poco importa que los pensamientos que tenga en la mente, provengan de mis lecturas o que me hayan “pasado por la cabeza”.

No obstante, habría que matizar que, por un lado esos pensamientos no son míos (en el sentido que no los he creado yo), pero que por otra parte, ahora sí son míos (en el sentido que los he asimilado).

Convendría añadir que lo que debiera importar realmente a un lector no es de donde provienen las ideas expuestas, sino si esas tienen algún valor para él. Es decir, si le “suenan justo”, si le “dicen algo”, si le pueden servir en su vida.

Determinación de lo que es importante en la vida

Empecemos entonces con el desarrollo de lo que os pueda parecer un rollo, con algunas preguntas:

¿Qué es lo más importante en la vida?

- Lo más importante en la vida es saber lo que es lo más importante en la vida.

¿Normalmente, cómo se puede saber una cosa?

- Se puede saber aprendiendo.

¿Cómo se aprende?

- Para aprender, hay que informarse e investigar.

¿Dónde y cómo informarse?

- Leyendo y escuchando lo que otros han descubierto y experimentado sobre el tema a lo largo de la historia.

¿Dónde se encuentra esa información?

- En las Escrituras antiguas de los diferentes pueblos pero también en los libros, conferencias y videos de los que han vivido esta experiencia en la época actual.

Dudas sobre las enseñanzas

¿Y cómo saber si esa información es correcta y verdadera?

Generalmente, se piensa que uno debe tener fe, sin razonar, sin cuestionar lo que se afirma, sin dudar. Pero muchas religiones y tradiciones espirituales hacen hincapié en la necesidad de analizar la enseñanza y de no aceptar nada *porque sí*. Esa actitud es especialmente clara en el budismo.

Se dice a menudo que no podemos confiar en las Escrituras porque han sido escritas hace mucho tiempo y que por lo tanto no son fiables.

- Si bien es verdad que han surgido errores, deformaciones y desviaciones, y que puede parecer que las religiones se contradicen en algunos puntos, el sentido general, la esencia de ellas nos ha llegado. Solo parecerá que existen múltiples contradicciones entre ellas si se considera las distintas religiones y tradiciones espirituales de manera superficial. Esa apariencia de contradicción se debe a unos conocimientos insuficientes y a una falta de reflexión, análisis y experimentación. Si uno se toma la molestia, y el tiempo, de estudiarlas de una manera un poco profunda, se dará cuenta de que todas dicen más o menos lo mismo.

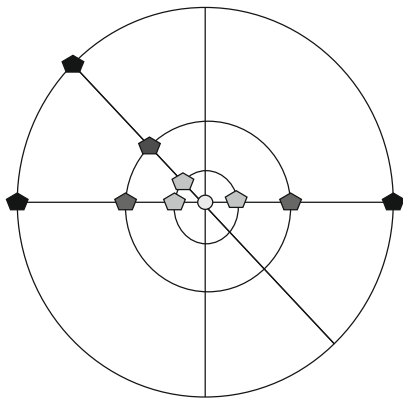
El hecho de que las enseñanzas originales hayan sido a menudo tergiversadas no debe ser un motivo para tirar al niño con el agua del baño, rechazando todo sin intentar comprender, meditar y aplicar en la medida de nuestra capacidad la esencia de esas Enseñanzas. Por otra parte, si bien todo el mundo conoce las grandes figuras espirituales fundamentales de la humanidad, todos no saben que son muchos los que, a lo largo de toda la historia, han experimentado lo mismo. Si uno no los conoce, el problema es suyo, y en la búsqueda de la Verdad, la ignorancia no podría tener la última palabra. Entonces, para saber si lo que dicen las tradiciones espirituales es correcto y verdadero, y sin admitir jamás una cosa por el mero hecho que se nos lo haya dicho, habrá que investigar buscando informaciones, reflexionando, experimentando y, en la medida de lo posible, comprobarlo por uno mismo.

Concordancia de las religiones

Porque cuanto más profundamente se consideran esas enseñanzas, más aparece su unidad y su concordancia. Eso se puede ilustrar con una imagen gráfica: Dibujemos un círculo y pongamos algunos puntos distribuidos en su circunferencia. Esos puntos representarán a los fieles de distintas creencias. Ahora tracemos los radios que van desde esos puntos hacia el centro del círculo. Luego inscribimos otros círculos concéntricos en el interior del círculo inicial. A medida que las personas profundizan en su experiencia espiritual, se van acercando al centro y se encuentran en los círculos más

interiores. Constatamos que la distancia entre las personas de diferentes credos se va acortando a medida que progresan hacia el centro. Cuando llegan al centro, ya no hay distancia entre ellas. Notemos que podemos retomar ese símil y si elevamos este círculo de dos dimensiones en una figura de tres dimensiones, obtenemos un cono, símbolo de una montaña que hay que escalar. Comprendemos entonces que los que han llegado a la cumbre de la montaña disfrutan de una perspectiva global y pueden guiar a todos los que están subiendo, cualquiera sea el camino seguido por ellos.

A continuación, podemos ver la representación de lo explicado:



Los pentágonos más oscuros representan a las personas que se encuentran más alejadas de la Unidad y de la Realidad.

Los pentágonos grises cada vez más claros representan a las que se van acercando al centro. En cuanto al círculo blanco central único, están en él los que han llegado a la Unión con el Todo.

En realidad, el acercamiento no es lineal, sino que se efectúa en forma de una espiral que se va acercando al centro.

Volveremos sobre lo dicho, pero de momento prosigamos con otras preguntas menos pedantes, pero tan pertinentes (a menos que sean más bien algo *impertinentes*...):

- ¿Porqué sabiendo que hay 5,7 mil millones de personas en el mundo (y que en el curso de la humanidad miles de millones han vivido antes que nosotros) nos comportamos como si fuésemos el centro del mundo? (incluso si ese centro, por nuestra identificación y nuestras proyecciones puede abarcar a nuestra familia y darnos así la ilusión de ser altruista).

- ¿Porque nos importa más el resultado obtenido por nuestro equipo de fútbol, o por lo menos la enfermedad de nuestros hijos, que la noticia de miles de muertos en una catástrofe?

Quizá porque todo es tan incierto y dudoso. En realidad, ¿de qué podemos estar absolutamente seguros en la vida?

La cuestión de la muerte

- Podemos estar absolutamente seguros que vamos a morir. ¿Entonces, por qué, sabiendo con total seguridad que vamos a morir, nos comportamos como si fuésemos eternos? ¿No es eso seguir la política del avestruz? ¿Viendo acercarse un peligro, sería sensato cerrar los ojos y no intentar hacer algo?

Frente a la angustia de la muerte, los seres humanos tienen actitudes diferentes pero esas se pueden agrupar en los planteamientos principales siguientes:

- Olvidarla, o mejor dicho, intentar olvidarla. Siguiendo la política del avestruz y el refrán: *Ojos que no ven, corazón que no llora*. No ponemos la cabeza en la arena pero sí en el televisor y en todo tipo de pantallas. Vamos errando de una pantalla a otra. Vivimos empantallados: en la pantalla del ordenador de la oficina, en la del *smartphone*, del *GPS* (en el coche y hasta en el monte). Ese olvido se intenta mediante todo tipo de distracciones tales como: televisión, fútbol, películas, deportes, vacaciones, ir al restaurante o a un establecimiento

público para (intentar) compartir *mi* visión del mundo. Podemos constatar que esa actitud, esa táctica del olvido, está muy extendida en el mundo actual, en el cual se va siempre más aprisa a ninguna parte.

- Refugiarse en una creencia que le asegure a uno su porvenir en un Más Allá donde sobrevivirá como este personaje actual que se identifica a su familia, a su país, su idioma, su sexo, su profesión, su estatus social, etc.
- Observemos que, a menudo, esos dos tipos de escapatoria mencionados se conjugan: uno se deja distraer por el mundo (y por todo el mundo) pero tiene un vago sentimiento de religiosidad que saca a veces como una rueda de recambio cuando su tren de vida ha caído en un bache por el camino de su vida.

De cierta manera, juega a dos bandos y guarda de las enseñanzas religiosas solo lo que le conviene. Cree, pero sin compromisos. Cree agradablemente todos los días... de Navidad, un poquitín durante toda su vida y mucho antes de su muerte.

Inserto aquí un documento encontrado en una iglesia de la Rioja:

“¿NO TE PARECE EXTRAÑO?

¿No te parece extraño como un billete de 20 € nos parece tan grande cuando lo llevamos a la iglesia, pero tan pequeño cuando lo llevamos a la tienda?

¿No te parece extraño lo que nos cuesta leer un capítulo entero de la Biblia, y qué fácilmente se nos pasa el tiempo leyendo 100 páginas de cualquier revista o libro en el sofá?

¿No te parece extraño lo difícil que es aprender una verdad simple del Evangelio para compartirla con otros, pero qué fácil es para las mismas personas entender y repetir un chisme?

¿No te parece extraño cómo creemos rápida y fácilmente lo que dicen los periódicos, pero cuestionamos lo que dice la Biblia?

¿No te parece extraño que todos quieran ir al cielo, siempre y cuando no tengan que creer, o pensar, o decir, o hacer alguna cosa que suponga algún sacrificio?

Es extraño, ¿no te parece...?”

Diferentes tipos de creyentes

En efecto, hay muchos autoproclamados “creyentes” que creen que creen. Los que dicen “yo soy creyente, pero no practicante” demuestran que en realidad no creen, porque quien está convencido de que va a llover suele llevar un paraguas... Por otra parte, el hecho de que una persona diga “yo creo” delata cierta duda, porque significa que no está seguro... Podríamos decir: ¡no hay que creer, hay que saber! ¡No hay que hablar (o escribir...), hay que actuar!

Mientras que una religión debería acercarnos a la Verdad, ayudarnos a despertar a la Realidad, muchas veces, lamentablemente, se produce todo lo contrario: nos ayuda a dormir, descansando bien acomodado en nuestras creencias.

Otros creyentes, ya más consecuentes pero de piñón fijo porque el hombre es un animal de costumbre, van regularmente a misa, cada domingo, antes del vermú y de las rabas. Salen de un ritual y entran en otro...

En cambio, una persona que tiene una fe ya más profunda, y si es consecuente con ella misma, tiene unas obligaciones y unos compromisos que cumplir. Pero resulta más agradable seguir durmiendo en un confort despreocupado y una pereza ignorante. Eso explica porque a menudo, o bien no se hace caso a los profetas (ninguno es profeta en su país), o bien se les mata, porque molestan nuestra “buena” conciencia (que resulta ser en realidad la mala). En nuestra época, no se mata a los profetas. En efecto, de la misma manera que se combate las ideas ecológicas ahogándolas en una profusión de informaciones contradictorias – ¡todas de expertos naturalmente! – se diluye los

mensajes espirituales en una multitud de informaciones tergiversadas (¡a veces por gente que son de buena fe si se puede llamar así!).

A veces, la Conciencia Universal logra tomar Conciencia plena de sí misma y se ve a sí misma en todos los organismos del Universo o - lo que viene a ser lo mismo - en ninguno en particular. Se expresa a través de ciertos organismos psicosomáticos como, para mencionar solo los más conocidos, Buda, Jesús, o Mahoma.

Esos seres despiertos intentan transmitir su descubrimiento a todos los seres humanos y así nacen las religiones, cuyo papel es volver a unir (etimología: religare = volver a unir) “nuestra” conciencia aparentemente personal con la Conciencia-en-sí: el hijo pródigo debe volver con su padre, el Hijo debe reunirse con El Padre por medio del Espíritu santo.

Así que la razón de ser de las religiones es intentar despertarnos del sueño existencial. Pero estamos tan dormidos que no creemos en ellas o, como mínimo, somos escépticos. Nos identificamos con el cuerpo y con esta perspectiva, inevitablemente, la alegría y el dolor alternarán siempre. Si hemos nacido, moriremos y tendremos miedo a la muerte. Lo mismo que nos causa alegría, nos causará tristeza (como por ejemplo los resultados de nuestro querido equipo de fútbol...).

La indiferencia respecto a lo espiritual en el mundo moderno

¿Por qué no se entiende ni se atiende a los entendidos?

En la sociedad occidental moderna, tanto los incrédulos como los que dicen creer, estamos inmersos en un ambiente antirreligioso. Los “milagros” realizados en nuestra época por la ciencia y la tecnología desvían nuestra atención de los problemas fundamentales. No podemos negar que, en el ámbito tecnológico, la humanidad ha hecho unos progresos indudables, pero el progreso tecnológico no conlleva automáticamente un progreso en el conocimiento de la realidad de uno mismo. Pienso que si se ha progresado en el ámbito material y “exterior” a nosotros mismos, es porque los conocimientos técnicos y científicos se transmiten fácilmente. Basta con repetir y mejorar lo descubierto. ¿Pero cómo viviríamos si hubiésemos tenido que descubrir por nosotros mismos todas las aplicaciones de la tecnología actual? ¿Cuántos aparatos y artilugios tendríamos en casa? En cambio, en el ámbito “interior”, es decir en nosotros, resulta mucha más difícil llegar al conocimiento, aunque se nos lo enseñe. Por ejemplo, alguien puede fabricarnos un ordenador y enseñarnos como usarlo pero de la misma manera que no puede comer por nosotros, no puede transmitirnos el conocimiento con una inyección, no puede aprender por nosotros, no puede reflexionar por nosotros. Según la imagen bien conocida, se nos puede enseñar la luna, pero no debemos confundir el dedo que apunta hacia ella con el astro. Necesitamos efectuar un salto mental. Eso requiere esfuerzo y aplicación.

Por lo tanto, podemos preguntarnos si es juicioso dudar de las afirmaciones de Buda o del Cristo, así como cuestionar los descubrimientos efectuados por personas que han dedicado toda su vida, día y noche, a la investigación espiritual (es decir a la búsqueda de la Verdad) y, sometidos a austeridades y a una severa disciplina, han seguido y comprobado las técnicas particulares que les fueron transmitidas. ¿No significa ese rechazo presumir saber más que ellos, y eso además sin haberse informado lo suficiente ni haber reflexionado mucho sobre esas cuestiones?

Se ha dicho también que él que cree en todos es un tonto pero que él que no cree en nadie es un loco.

Pero resulta más cómodo dejarse vivir. En la civilización provisionalmente moderna actual, todo desvía nuestra atención y nos distrae, alejándonos de las cuestiones fundamentales. Inmersos en la ignorancia, nuestros dirigentes, ciegos conduciendo a ciegos, tienden a perpetuar ese sistema. Los medios difunden el mensaje “sólo se vive una vez”; la publicidad, para justificar nuestra codicia nos dice “te mereces este producto”, “daté un placer”, etc...

Sin embargo, “vivir bien”, “vivir como Dios” es en realidad vivir mal y es un error. Porque cuando todo va bien, cuando uno es joven, la única religión suele ser la de “¡viva la virgen!”. Pero cuando viene una dificultad mayor, cuando llegan las enfermedades, cuando la vejez se acerca y que la muerte acecha, el baile de la vida nos coge a pie cambiado y entonces es el momento en que uno se acuerda de Dios.

Entonces cuando estemos postrados de dolor por una enfermedad o un accidente en la cama de un hospital o ya en nuestro lecho de muerte, sería terrible si sintiéramos que hemos echado a perder nuestra vida...

Sería una pena llegar al final de nuestra vida sin haber encontrado su finalidad.

¡Pero, por lo contrario, no sería terrible si uno se diera cuenta que se ha perdido todos los placeres de esta vida!

- Admitiendo durante un instante que sea verdad que no existe nada después de la muerte, entonces ¿qué puede importar? Nada importa y por lo tanto se puede hacer una cosa u otra, creer una cosa u otra. En consecuencia, creer en algo no será ni mejor, ni peor que creer en nada. Porque si bien es verdad que no ganaré nada al creer, tampoco perderé nada con ello. En realidad, sin embargo, puesto que se dice que se cree para tranquilizarse, estaré más tranquilo y un poco más feliz.

Ahora bien, si en cambio existe algo después de la muerte, entonces nuestra manera de vivir, de pensar y de actuar importa mucho. En la duda entre lo poco que puedo perder al creer (porque la vida es tremendamente corta) y lo mucho que gano al creer, más sabio será apostar por creer. En efecto, si no hay nada después de la muerte, no tendré problema, mi paz está asegurada. Nunca veré mi error y nunca pagaré las consecuencias de ella. En cambio, si hay algo, habré intentado hacer (si me esfuerzo) lo que debía.

Debo subrayar que si creo, no es por las razones expuestas, sino por los muchos años de estudio, de reflexión y de unas pocas experiencias que van en la misma dirección que las afirmaciones de las Escrituras.

Puedo entender las dudas de los escépticos, porque es evidente que resulta más fácil para un ex-escéptico como yo comprender al escéptico que para ese comprender al creyente.

La duda sobre la existencia de Dios proviene de la confusión engendrada por el enfoque del mundo occidental que Le presenta como un padre con un hijo único (esa manera de describirle puede ser válida, pero a condición de comprender que sólo se trata de una manera de hablar. Ha servido, y puede servir a muchas personas, pero ha echado para atrás a muchas otras, especialmente en el mundo actual).

Se suele decir que la gente cree en Dios, en la resurrección o en la reencarnación o en lo que sea, por comodidad, por temor a desaparecer completamente, porque quiere sobrevivir y para dar un sentido a su vida. No hay duda que eso existe, pero esta sola explicación no es profunda. Para llegar a ella, no hacen falta muchos años de estudio y de reflexión. Esa “conclusión”, además de haber sido expresada muchas veces, está al alcance de cualquier mente que se cierra y no piensa...

Los conceptos acerca de Dios

Ninguna religión tiene el monopolio de la Verdad, no hay una religión más justa que otra sino que, en el interior de cada una de ellas, hay adeptos que tienen una comprensión más, o menos, profunda que la de otros de sus correligionarios. Diría, medio en broma, que la mejor religión es la que no se distingue de las demás...

Podríamos casi decir que hay tantos Dioses como personas, es decir que cada uno tiene su propio concepto de Dios.

“Mi” concepto de Dios no es el tuyo, ni el tuyo es el mío. Por eso no se debería juzgar a otro sobre sus creencias, porque no sabemos cómo cree. Juzgamos a partir de lo que nosotros creemos que el otro cree.

Por otra parte, de cierta manera, un ateo “crea” a Dios, antes de no creer en él. Es decir: primero se hace una idea tosca de Dios y luego decreta que “eso” no existe. Así que, de hecho, tiene razón de no creer en esa imagen infantil que proyecta; sin embargo, debería informarse y reflexionar más antes de expresarse sobre el tema.

Pero entonces ¿en qué podemos creer? ¿En Dios? ¿Pero qué es eso de Dios?

- Ninguna definición de Dios puede ser correcta porque, siendo *in-finito*, Dios no puede ser *definido*. Ni la Verdad, ni Dios se pueden encerrar en un concepto, porque lo infinito no se puede definir, es decir limitar. El Todo sólo podría ser limitado por algo fuera de él, pero una cosa no puede existir fuera del todo ya que, por definición, el Todo lo abarca todo. Por lo tanto, la mejor definición de Dios - o la menos mala, si se prefiere - será la menos precisa, la más indeterminada. Esa definición, la encontramos en la Biblia: “Yahvé” = “Yo soy El que soy” (si se me permite un juego de palabras para amenizar este rollo, Yahvé es la llave). Y si Dios es LO QUE ES, ¿tiene sentido discutir sobre su existencia?

De lo dicho se desprenden dos cosas: ni se puede pretender tener un concepto de Dios adecuado, ni tampoco dudar de la existencia de Dios (si ese concepto se entiende como hemos visto y que desarrollaremos más adelante).

Naturalmente, eso no nos lleva muy lejos. No nos adelanta mucho en nuestro afán por comprender. Intentemos pues analizar lo dicho como Dios manda:

Cuando se dice que Dios es El Ser, no se debe entender como *un* ser, sino como El SER, el único Ser del cual no podemos ni debemos (como insisten en ello el Judaísmo, el Islam y el protestantismo) hacer una representación. Es ese SER que se manifiesta en una multitud de aspectos, desde una partícula subatómica hasta el Universo (¿o hasta los Multiversos?), pasando por los minerales, las plantas y los hombres.

La inteligencia

Para acercarnos a la cosmovisión de la India, prosigamos con unas preguntas-respuestas:

¿Quién ha hecho el hardware de un ordenador?

- La inteligencia humana.

¿Quién ha hecho el software de un ordenador?

- La inteligencia humana.

De la misma manera, ¿quién ha hecho el cuerpo del ser humano?

- La inteligencia divina.

Y ¿quién ha hecho la inteligencia humana sino la inteligencia divina, la única inteligencia que hay, la inteligencia del único Ser-Conciente? En efecto, aunque haya muchos tipos de inteligencia, en el fondo hay una inteligencia solo. Decimos que, por ejemplo, un animal es inteligente. Pero en realidad, este animal no *posee* esa inteligencia. Es nuestra perspectiva, nuestra manera de ver las cosas que le atribuye esa

inteligencia. En realidad, ese animal, lo mismo que nosotros y todo lo que existe, es solo la expresión de una única inteligencia, que se expresa tanto en un gusano como en un genio. Si se dijese que es el instinto lo que permite al animal actuar de una forma adecuada, ese instinto sería solo una manifestación de la Inteligencia también.

De la misma manera que el agua, sin cambiar su naturaleza, se manifiesta en forma de líquido, de hielo o de gas, es la misma inteligencia que, sin cambiar nunca de naturaleza, se expresa en miles de formas y grados de manifestación distintos.

Podemos preguntarnos, entre otras muchas otras cosas:

¿Qué me hace respirar? ¿Qué hace circular mi sangre? ¿Qué coordina mis movimientos? ¿Qué me hace sentir que soy? ¿Quién sabe que comprendo o que no comprendo?

Para que todo eso sea posible, hace falta una conciencia y una energía...

Podríamos decir que Dios es precisamente esa Conciencia y esa Energía que le permite a uno decir que Dios no existe. Pero no es muy agradable para nosotros quienes nos identificamos con nuestro pequeño “yo”...

Negar la inteligencia es absurdo, porque hay que ser inteligente para poder negar la inteligencia. La inteligencia no es nada personal, no es nunca *nuestra* inteligencia aunque, debido a nuestra ignorancia, nos la atribuimos. Es la inteligencia del único Ser que se manifiesta en todo, desde las plantas que “saben” beber, nutrirse y buscar la luz, hasta en la encarnación en la Tierra de este puro SER infinito y incognoscible bajo la forma de un Buda o de un Jesús (“El Padre y yo somos uno”).

Si se dice, como los materialistas, que todo es fruto del azar, entonces tal afirmación se debe también a la casualidad. Por lo tanto, ¿qué valor puede tener? Y si se dice que el azar es inteligente sólo será otra manera de llamar a Dios (se dice que Dios es el seudónimo que Dios toma cuando no quiere firmar su obra...)

El pensamiento: “todo es mera química”, también es un pensamiento. Por consiguiente, o bien ese pensamiento no tiene ningún valor, o bien es una expresión de la inteligencia inmaterial que se expresa a través de fenómenos materiales, de la misma manera que las ondas de radio necesitan un aparato para ser oídas, la electricidad necesita una lámpara u otro aparato para poder manifestarse, o un artista necesita un medio material para expresar sus ideas.

Cuando uno dice que la vida no tiene sentido, no se da cuenta de que, al decir eso, está refiriéndose a un orden implícito. De la misma manera, un cerebro necesita algo más que elementos materiales o por lo menos unas partículas muchos más sutiles que las que le componen. Esas partículas deben de ser inteligentes o ser el instrumento de una inteligencia que las gobierna.

La inteligencia proviene del intelecto. El intelecto personal es una fracción del Intelecto universal que es la reflexión en el Cosmos del Intelecto divino trascendente.

La conciencia es la mera facultad de percibir. Por lo tanto, es ella la que percibe también los conocimientos del intelecto.

En cuanto a la conciencia individual, es la focalización de la Conciencia en un punto del tiempo y del espacio.

El cuerpo no fabrica inteligencia. La mente no fabrica inteligencia tampoco pero permite su expresión. La mente pura es como un espejo y es necesaria porque el ojo no se puede ver a sí mismo. Entonces el cuerpo y la mente son importantes pero en realidad la cosa vista no está en el espejo, ni el espejo es la cosa vista. Lo fundamental es la facultad de ver, de saber. Esa facultad es la Conciencia (latín: *conscientia*, de *scire*, saber).

¿Pero saber qué?

- Pues saber que se *es*.

En efecto, las Escrituras hindúes no suelen hablar de inteligencia sino de *Conciencia*. Para ellas, Dios no es un personaje en el cielo, sino el único SER, la única Conciencia y la única Beatitud a la vez. Esos tres aspectos son inseparables, de la misma manera que la luminosidad, el calor y el poder de combustión no se pueden separar del fuego. Es: Ser-Conciencia-Beatitud. Es el Ser conciente de ser. Y ese sentirse ser es Felicidad.

Ser - Conciencia – Beatitud

Desmenucemos esos tres aspectos, que son innegables:

1. El Ser

- ¿Por qué no se puede negar el Ser?
- Porque lo que nadie puede negar, es su propia existencia. (Porque para negar o afirmar algo, hay que existir).

2. La Conciencia

Si preguntamos a alguien:

- ¿Existes?
- ¡Claro!
- ¿Y cómo lo sabes?
- Por “Eso” intangible que ve a la mente. Por esa Luz (notemos que la etimología de la palabra *Dios* está estrechamente relacionada con la noción de luz, lo mismo que la palabra *día*) que se refleja en todos los seres, que no pertenece a nadie, que es totalmente impersonal y que nos permite ver que vemos, saber que sabemos, saber que somos. En efecto, uno sabe que existe por “su” conciencia.

¿Pero qué es la Conciencia?

- La conciencia es lo que nos permite *saber* (latín: *conscientia*, de *scire*, saber) que una cosa está ocurriendo, nos permite darnos cuenta, estar al tanto de algo, tanto si se trata de fenómenos exteriores como interiores como los sentimientos, pensamientos, sensaciones, etc... Es el ser conciente de ser y de ser conciente.

¿Y por qué no se puede tampoco negar la Conciencia?

- Porque no podemos no encontrarla si la buscamos. Es lo mismo que para el Ser: para negar - o afirmar - la conciencia, hay que estar conciente.
- Uno puede no estar conciente, pero nunca puede ser conciente de no ser conciente. Repitémoslo: la Conciencia no puede ser no encontrada si se busca (aunque no pueda ser aprehendida como las demás cosas, porque no tiene forma, dado que es anterior a la mente que es la que crea las formas y los nombres).

En efecto, así como no podemos negar nuestra existencia sin entrar en una contradicción, no podemos tampoco negar “nuestra” conciencia, porque la necesitamos para poder negar o afirmar. Por ejemplo, para que un creyente pueda afirmar que Dios existe, él necesita existir y ser conciente. De la misma manera, para poder afirmar que Dios no existe, un ateo tiene que existir y ser conciente.

Una gota de agua no se puede ahogar, el fuego no se puede quemar: de la misma manera, nunca puedo ser conciente de no ser conciente. Todos vemos “cosas” distintas pero la facultad de ver es común a todos. Y si lo miramos bien, siempre vemos (aunque sea que sólo vemos que no vemos nada).

¿Pero entonces qué es lo que llamamos inconciente?

- Llamamos inconciente lo que para nosotros – es decir para cada uno de nosotros, para “mi” - es inconciente. Pero lo que llamamos inconciente es en realidad Conciencia. Nosotros no controlamos el metabolismo de nuestro cuerpo: la circulación de la sangre, las secreciones de las distintas glándulas, la renovación de las células, etc. Sin embargo, para coordinar todas esas funciones del organismo, hace falta una conciencia. La fuente de esa conciencia es la misma para cada organismo, que ese sea una planta, un animal o un ser humano. Sin esa conciencia, “yo” (fulanito o fulanita) no podría ni decir, ni pensar, ni sentir “yo”. En realidad sólo existe esta Conciencia que, como hemos visto, es sinónimo de Ser o de Beatitud (Sat-Chit-Ananda) y que lo ilumina todo.

Esta Conciencia es en sí-misma atemporal, está fuera del tiempo y del espacio, o mejor dicho, estos están dentro de ella porque los crea por medio de la mente. Es muy importante darse cuenta de que la Conciencia (que es nuestra verdadera naturaleza) no se puede ver a sí misma. Dado que es sin forma no podemos verla como algo definido, no podemos verla como vemos las cosas exteriores o interiores (los pensamientos o sentimientos por ejemplo).

Si uno reflexiona, puede darse cuenta que cuando se mira uno en un espejo, solo ve un cuerpo, no ve él que ve ese cuerpo. El problema es que como nos identificamos con el cuerpo, seguimos el razonamiento inconciente siguiente: “veo un cuerpo en el espejo, y como yo soy ese cuerpo, él que ve soy yo”. Pero, ¿es realmente “mi” cuerpo? ¿Le hemos hecho nosotros? O sino, ¿dónde le hemos comprado? ¿En un “Todo a cien”, en el Corte Inglés, en una boutique? ¿He dado mi permiso para que sea creado? ¿O para cambiar constantemente, para enfermar y finalmente morir? Además, ¿cuál es mi cuerpo? ¿El del bebe, el del adolescente, el del adulto o el cuerpo desvanecido del anciano?

Por otra parte, ¿puede el cuerpo, por sí mismo, saber que existe?

Podemos ilustrar el mecanismo de la identificación con el cuerpo de la siguiente manera:

De la misma forma que si la luna, al verse iluminada, creyera que brilla por sí misma mientras que en realidad es el sol el que la alumbra, el aparato psicofísico, al ser iluminado por la luz de la conciencia, se toma por ese cuerpo-mente humano. Dicho de otra forma: la conciencia - la fuente única de luz - es proyectada, por medio del espejo constituido por la mente humana, sobre el organismo psicofísico que se cree luego el autor de esa luz, mientras que en realidad este cuerpo-mente solo le permite a esa luz manifestarse.

Haciendo una pequeña digresión acerca de la luz y de la Conciencia, podemos reflexionar y darnos cuenta de que lo que ve el sol es “superior” al sol y que por lo tanto la luz de la Conciencia es superior a la luz del sol. En efecto, si vemos que el sol brilla, es gracias a la luz de “nuestra” conciencia. De la misma manera que la luz del sol ilumina el mundo, la luz de la conciencia alumbra tanto al mundo en el cual está el sol como a nuestro organismo psicofísico (que cree equivocadamente ser el veedor).

Podemos añadir además que la luz de la conciencia es eterna mientras que la del sol desaparecerá algún día.

Conviene fijarse también que si no tuviéramos conciencia, no existiría nada para nosotros.

3. La Beatitud (sinónimo de: Felicidad)

El Ser abarca todo, incluye todo, ama a todo como a sí mismo porque todo *es* Él mismo. Y como el amor auténtico está íntimamente relacionado con la felicidad, el Ser es también Beatitud. El ser es feliz de ser conciente de ser.

¿Como surge la Beatitud en el ser humano?

- El mero hecho de ser conciente de ser conciente, en sí, es Beatitud. Es decir: el sentirse existir es Beatitud. Somos felices cuando nos sentimos ser, porque ser es nuestra verdadera naturaleza. Pero no se trata de sentirse ser esto o aquello. Se trata de sentirse ser “a secas”, antes de sentirse ser algo determinado.

Por eso, la cuestión fundamental es: “*To be or not to be*”. Todo el mundo (toda la gente) y todo el mundo (el mundo entero) quiere ser y sentirse ser y por tanto lucha para seguir viviendo.

Para probarnos que somos, para disipar esa duda sobre nuestro ser, parece que siempre tenemos que tener un objetivo. Cuando lo alcanzamos, sentimos cierta satisfacción pero esa es de corta duración y pronto volvemos a fijarnos un objetivo. Es como si fuésemos adictos al tiro al plato, el plato siendo en este caso un objetivo. No vivimos en el presente, que es el punto de intersección entre lo Eterno y el tiempo, y que es el único momento realmente real, dado que tanto los recuerdos como las imaginaciones sobre el futuro tienen lugar en el momento presente.

Acerca de la palabra *presente* es curioso ver como ese concepto tiene a la vez una significación espacial y temporal. La temporal es obvia y la espacial se ve cuando, por ejemplo, un soldado responde ¡presente!, lo que significa que está aquí.

El presente está siempre presente y es el presente (el regalo) de la vida intemporal.

La búsqueda de la plenitud

Dado que la única Realidad es Ser-Conciencia-Beatitud, debe de encontrarse en todos los seres. Por consiguiente, debe estar también en nosotros como se afirma tanto en el hinduismo, como en el budismo o en el cristianismo (“el Reino de Dios está en vosotros”). Pero el ser humano cree ser sólo un cuerpo con sus ideas y sentimientos. Sin embargo como intuye, de manera más o menos difusa e inconsciente, que su verdadera naturaleza, su identidad real es esa totalidad, esa plenitud, que añora como el paraíso perdido, sufre al creerse separado de ella y intenta realizarla por todos los medios, por las buenas o por las malas. A partir de esa idea-sensación-sentimiento de ser un yo separado, se esfuerza por adquirir esta totalidad. Y en nuestra sociedad donde se confunde el ser con el tener, tiende a abarcar lo más posible adquiriendo siempre más, porque cree que, teniendo más, será más. Es como si quisiera coger cosas para añadirlas a él para - según cree - ampliar o extender su yo. Es una búsqueda inacabable, un intento desesperado por llegar a sentir su plenitud, es decir su “completud”...

Ese afán por hincharse para colmar la duda sobre su ser no se manifiesta únicamente por el deseo de tener. Aunque sea una aspiración muy común, no se trata siempre de tener más dinero o más bienes. También se puede expresar por un afán de fama, de poder, de facultades, de conocimientos, etc. Cada uno buscará naturalmente su pseudo-extensión en el terreno que le parece más propicio, es decir, donde se ve mejor armado por sus dones y aptitudes.

Cuando uno tiene cierta capacidad en un terreno particular, cultiva este terreno y como le cultiva, produce sus frutos y le sale bien. Y como le sale bien, sigue con la misma tendencia y se cierra así este círculo virtuoso, que puede consistir en un hobby, una afición, una pasión, etc...

Por ejemplo, se puede desear tener poder (hay que ver como los políticos se aferran a él, parece que su lema es: mando, luego existo). Se puede desear fama (sentirse afirmado por los demás, ver su existencia confirmada por los demás, sentir que lo “exterior” a mí está aliado con lo que me creo ser en “mi interior”). Entonces el deportista querrá ser el mejor, el primero, el único. El Don Juan querrá conquistar todas las mujeres, (en realidad no quiere a ninguna porque si amase a una, no la abandonaría) el hombre de negocios querrá acaparar lo más que pueda, el intelectual coleccionará los conocimientos para aprender (o a-prehender) lo más posible, etc.

Como se puede ver en estos ejemplos, ese afán por coleccionar es muy importante. Uno acumulará los viajes para, al salirse de la rutina, vivir el momento presente, otro (o más bien muchos) amontonará las posesiones, otro las mujeres, etc....Por otra parte, a menudo, esas últimas intentarán conquistar el mundo por medio de sus hijos o conquistando al conquistador...

En todos esos anhelos, se trata de comerse el mundo, acumulando siempre. “*Tenir*” en francés significa asir. Con ello tenemos la idea de agarrar, coger, como lo indica por ejemplo la palabra tenedor. Siempre se trata de coger cosas exteriores a nosotros mismos (o por lo menos que creemos ser exteriores). Si no conseguimos estos objetos nos sentimos frustrados. Pero otro problema es que lo que se adquiere se puede perder y por eso vivimos con el miedo de perder lo que tenemos. De cierto modo, estamos poseídos por nuestras posesiones. El colmo es que todas esas posesiones no nos colman porque en ese proceso de adquisición, cuando más se tiene, más se quiere; es como beber un agua salada: cuando más se bebe, más sed se tiene. Es como una droga, de la cual uno no se puede abstener. Y, en efecto, podemos observar que a menudo los muy ricos quieren ser aun más ricos.

Pero naturalmente ese intento de llegar a la plenitud por medio de las cosas exteriores es un intento vano. Es como si una ola, al saber de forma vaga e inconsciente que es el océano, se identificase con su forma particular de ola y quisiera tragarse al océano entero. Pero naturalmente, la parte – por definición - no puede nunca llegar a ser el todo. Entonces, la solución para la ola de llegar a ser el océano, es darse cuenta que ya lo es, a la condición de no auto limitarse en la forma de una ola particular, privada, privativa, y dejar de sentirse separada de las demás.

La relatividad de las apariencias

Nosotros, en vez de aplicarnos a buscar lo que somos verdaderamente, nos evadimos de la Realidad entrando en la cárcel de las apariencias sin darnos cuenta de que nuestra energía no es infinita, que nuestro tiempo es limitado. No discriminamos entre lo que es importante y lo que no lo es y no miramos las cosas con desapego, con la perspectiva de ver la relatividad de todo lo manifestado, de ver que lo que a-parece y desa-parece no es lo que parece y por lo tanto solo tiene una realidad relativa. Esa relatividad se deja ilustrar muy bien con el ejemplo de un arco iris que se puede considerar a la vez como real e irreal. O como el de un espejismo. Pero notaremos que ver un espejismo no es un problema si sabemos lo que es y si no intentamos ir a por agua.

Las cosas nos aparecen como siendo muy densas, pero sabemos por la ciencia que en realidad hay mucho vacío en ellas. Vemos el mundo en función de nuestros órganos de los sentidos y de la mente. Por consiguiente, los animales ven el mundo de una forma bastante distinta a la nuestra. Intentemos un instante imaginar como una mosca, por ejemplo, ve el mundo. De la misma manera, ¿cómo veríamos las cosas si estas se nos presentasen como una película proyectada a cámara rápida? Además, ¿qué grado de

realidad pueden tener cosas que no duran? Y sabemos muy bien que ninguna cosa dura eternamente.

El mundo parece muy real pero no es más que un tejido de percepciones cuya trama y urdimbre están constituidas por las impresiones sensoriales interpretadas por la mente al hilo de la conciencia que reúne los eventos como las perlas de un collar.

Y nosotros nos dejamos derivar río abajo en el curso de la vida. Y puesto que “*Donde esté tu tesoro, allí estarán también los deseos de tu corazón.*” (San Mateo 6:21), nos dispersamos en una multitud de actividades mundanas en vez de “*acumular tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre destruyen, y donde los ladrones no penetran ni roban*”.

En vez de intentar profundizar y atacarnos a las raíces del problema - que es el sentido del ego – nos vamos por las ramas., buscando los frutos efímeros del consumismo y de las diversiones. Siempre nos orientamos hacia lo exterior y en vez de hacer caso al mandamiento “Adorarás a un solo Dios”, nos dejamos hipnotizar por la propaganda y adoramos al becerro de oro. Esa actitud es la fuente de todo tipo de conflictos y guerras.

Deberíamos al contrario simplificar un poco nuestra vida y fomentar la introspección para que una mirada purificada nos permita un cierto desapego, es decir nos permita des-pegar los elementos que creemos formar parte de nosotros. Para permitir des-pegar todas las etiquetas que adhieren a nosotros. Cuando nos volvemos hacia la fuente que emana siempre de lo Desconocido antes de ser contaminada por todas las etiquetas, nos podemos preguntar:

¿Qué edad tiene “lo” que sabe: “tengo 40 años?” ¿Qué sexo tiene lo que sabe: “soy una mujer, o: “soy un hombre”? ¿Está sano o enfermo lo que dice: “estoy enfermo, o: “estoy sano”? Lo que en nosotros dice:”soy rico”, o:”soy pobre”, ¿es rico o pobre? El cuerpo puede ser joven o viejo. Pero ¿es el cuerpo el que dice: “soy joven”, o: “soy viejo”?

¿Puede el cuerpo como tal ver o saber algo? ¿Realmente, tiene sentido decir: Soy español, o vasco, o suizo o chino? O bien: ¿Soy alto o bajo, gordo o flaco, culto o iletrado, etc.?

Por otra parte, ¿existe una mente como tal? Lo que llamamos mente ¿es una entidad real o una colección de ideas en forma de temores y expectativas basados en el recuerdo de experiencias pasadas y de proyecciones en el futuro?

Al buscar en la dirección equivocada, pocas veces estamos satisfechos y siempre parece que nos falta algo (es en este sentido que se deba entender quizá la afirmación de Buda: “*Todo es sufrimiento*”), nunca vivimos en el momento presente. Estamos esperando constantemente. En los dos sentidos de la palabra: esperar como esperar al autobús, y esperar de *esperanza*, ese anhelo que suceda algo que consideramos positivo.

Siempre esperamos que nos toque la suerte. No solo en la lotería, no sólo en cuestión de dinero, sino en el trabajo, en el amor, etc... Pero la esperanza, de cierta manera, es una creación del ego para poder sobrevivir. Y por ello este tipo de esperanza es letal, y nos pasamos la vida esperando en vez de actuar. Estamos dormidos y por eso siempre estamos soñando. Soñando con chicos o chicas, con vacaciones, con el trabajo que voy a tener, o soñando con no tener que trabajar, etc.

En cuanto a los buscadores espirituales, están soñando con el despertar...

Como el burro que intenta atrapar la zahoria que le han atado delante de su cabeza, como un hombre que ha tropezado y tiene que correr para intentar recuperar su equilibrio, huimos constantemente hacia adelante intentando atrapar la sombra fantasmagórica de nosotros mismos que proyectamos en forma de proyectos y expectativas.

Pero de la misma manera que el puchero que la lechera llevaba en la cabeza, se pueden romper en un instante todos los esquemas que tenemos en la cabeza...

La búsqueda de la felicidad

Puesto que nuestra auténtica naturaleza es *ser*, sentimos felicidad cuando después de haber evitado una desgracia o después de haber obtenido lo que anhelábamos intensamente, o cuando recuperamos lo que creíamos haber perdido, nos sentimos bien. ¡Ouf! ¡Que bien! Nos relajamos y en un suspiro de alivio, nos vaciamos de nuestro falso yo (el yo particular, ficticio) y en este momento nos sentimos vivir, nos sentimos ser, sin más. Entonces, por un tiempo cuya duración es proporcional a la intensidad del peligro o de nuestro anhelo, somos felices, porque nos quedamos quietos en el puro Ser, es decir en esa sensación-sentimiento de ser, sin más, sin calificación. Pero pronto nos viene la duda y volvemos a pre-ocuparnos. Y ya estamos pensando en adquirir o conservar algo.

Nuestra “civilización”, con su capitalismo desbocado, se funda en la codicia humana. El vacío interior provocado por la ausencia del *ser* profundo se intenta colmar con el *tener* de un sin fin (y si se piensa un poco, sin verdadera finalidad) de objetos exteriores.

Normalmente, uno procura ponerse en contacto con la situación, el objeto, la persona, etc. que le afirma, que hace que se sienta existir y confirme así su existencia, Quiere a este elemento exterior a él. Le *quiere* de “amor, de amar” y *quiere* (de voluntad) que perdure, porque hace que se sienta vivir. Hay identificación y apego.

Por eso, cada uno de nosotros tendemos a repetir las mismas situaciones, a realizar los mismos actos, a frecuentar los mismos lugares, las mismas personas, etc. en un intento de volver a encontrarnos en las mismas condiciones externas en las cuales estuvimos felices, para revivir esa felicidad que atribuimos a estos elementos exteriores.

Y naturalmente pasa exactamente lo contrario cuando la situación es inversa, es decir cuando nos vemos negados por algo o alguien. En ese caso, tendemos a huir de esa situación o de esa persona.

Nosotros buscamos los estímulos exteriores o interiores capaces de “activar” esa dicha interior. Pero si los estímulos vienen a faltar, o al revés, cuando dejan de presentar su aspecto positivo, la felicidad se torna desgracia. Por ejemplo, si el novio o la novia nos deja, el mismo “objeto” que antes nos traía felicidad, nos trae ahora amargura, frustración y desesperación.

A menudo, conseguimos más o menos renovar esa felicidad pasada pero otras veces nos encontramos decepcionados, defraudados, porque ya no hay adecuación entre la situación exterior y el estado interno.

Nuestras penas y alegrías nos parecen bien reales pero ¿por qué se desvanecen con el tiempo?

En realidad, como hemos visto, esta felicidad está siempre en nosotros, debajo de los pensamientos, como la profundidad del océano está debajo de las olas. De la misma manera que el sol está siempre detrás de las nubes o de la Tierra, la felicidad subyace

siempre como Conciencia de Ser detrás, o debajo, de todos nuestros pensamientos y sentimientos. Por eso, todos los placeres no son más que un reflejo de la inmutable beatitud del corazón.

“¿Pero porqué Dios no nos dio plena conciencia desde el principio”?

- Una respuesta alegórica podría ser: porque su juego (*Lila*) consiste en jugar al escondite con sí-mismo...Se oculta para tener el placer de descubrirse, se aleja de sí-mismo para tener la felicidad de volver a encontrarse.

O también podríamos decir que El SER crea una infinitud de instrumentos para poder aprehenderse de otras tantas formas distintas. En efecto, por la creación del Universo, el SER, al mismo tiempo que permanece idéntico a sí mismo, engendra una multitud de focos de conciencia individualizadas susceptibles de llegar a participar en su estado de Conciencia Absoluta.

El pensamiento del Ser, bajo esta forma particularizada que el ser humano es, contiene potencialmente la realización de la aspiración secreta que ha motivado el despliegue cósmico de la creación: llegar a ser capaz de percibir Su propia conciencia.

El problema del mal

¿Cómo se puede explicar que haya tanta maldad en el mundo?

Al faltarnos una visión de conjunto nos parece, desde nuestro punto de vista relativo y limitado, que el mundo está lleno de desordenes. No vamos a negarlos, ni los debemos ignorar sino que debemos intentar remediar a ellos en la medida de nuestras posibilidades. Pero si reflexionamos, podemos comprender que la armonía universal, el Orden cósmico, resulta de la suma de todos los desequilibrios parciales. Podemos citar aquí la etimología de la palabra *cosmos*: “Procede del latín *cosmos* que significa *universo*, y este del término griego *κόσμος* (*kósmos*), que significa *orden* u *ornamentos*, siendo la antítesis de *caos*” (Añadiremos que la palabra: *cosmético* tiene el mismo origen). Utilizando una imagen, se dice que el universo es como una alfombra: nosotros la vemos al revés y por lo tanto vemos un conjunto de hilos desordenados mientras que “Dios”, al verla del lado correcto, la ve como perfecta.

Todo es relativo (aunque esa afirmación lo sea también). Tomaremos un ejemplo para ilustrarlo:

Imaginemos una familia viendo un documental sobre los animales de la selva africana:

Hay una manada de gacelas paciendo cuando de repente surge un león, que salta sobre una cría, la agarra y se la lleva. Toda la familia se conmueve y los niños se enfadan contra el león malo. Ahora, imaginemos la misma familia viendo la misma escena pero después de haber visto la escena siguiente: en la selva africana hay una terrible sequía. Un grupo de leones se están muriendo de sed y de hambre por falta de comida. Un leoncito está a punto de morir. Su madre ha intentado cazar algo pero no ha conseguido traer ninguna presa. De repente, detecta un grupo de gacelas, se acerca a paso de lobo – o mejor dicho de león - y... conocéis el final de la historia. Toda la familia se alegra y los niños aplauden... Exactamente la misma escena, con los mismos personajes, el mismo entorno, la misma situación desencadena dos reacciones diametralmente opuestas...

En realidad nunca podemos saber lo que es bueno y lo que no lo es. Si una persona muere en un accidente pensamos que es terrible pero si supiéramos que esta persona ignoraba que tenía un cáncer incurable y que iba a morir pronto con unos dolores espantosos, nuestra perspectiva cambiaría.

Asimismo un camino malísimo puede desembocar en una agradable pista, mientras que una pista buenísima nos puede llevar a ninguna parte o a un sendero lleno de barro y zarzas.

Pero la buena noticia (y es de observar que la etimología de *Evangelio* es precisamente *buena noticia*), la buena noticia es que en realidad no somos lo que creemos ser. No tenemos que acumular cosas, porque en realidad no somos este cuerpo sino la Conciencia-en-Sí. Así que la idea de ser este cuerpo tiene que disminuir y la conciencia de ser la Conciencia crecer.

Lo que importa es ser consciente de ser consciente.

Entonces, si en realidad somos Ser-Conciencia-Beatitud, ¿por qué no nos damos cuenta de ello?

- El ser humano ve, pero el problema es que ve en la penumbra. Si no viese nada, es decir, si no tuviese conciencia de nada, no tendría problema. Si viese todo con claridad, es decir, si tuviese una conciencia completamente clara, tampoco tendría problemas. Es sólo en la penumbra que los fantasmas parecen surgir.

La naturaleza doble del ser humano

La emergencia del sentido del yo está ilustrada en el Génesis con el árbol de la ciencia del bien y del mal

Recordemos la alegoría del paraíso terrestre de donde fue expulsado el ser humano. En aquel entonces, el hombre vivía en armonía con los animales cuando empezó a distinguirse de ellos al volverse auto-conciente y distinguir entre el Bien y el Mal, perdiendo de esa forma su inocencia y su ausencia de problemas existenciales, o metafísicos.

En el reino animal no existe la dualidad Bien-Mal. Los animales están desnudos pero no se avergonzaban de su desnudez. Tienen ese sentimiento de “yo” pero no saben que lo tienen mientras que la especie humana sí la tiene. (Independientemente del hecho de que las investigaciones modernas sugieren que los animales más evolucionados podrían tenerla también).

Ahora es como si la Conciencia única, omnipresente y eterna, en lugar de darse cuenta de lo que realmente es, se auto-limitase en el ser humano bajo la forma de un cuerpo animal y de una mente humana con todos sus contenidos.

Personalmente, pienso que la explicación del sentido del ego y de esa auto-limitación se podría explicar, quizá, por la razón siguiente: a diferencia de los vegetales, los animales deben de ser auto-concientes de su cuerpo para distinguir entre ellos mismos y los demás seres para poder huir para no ser comido o, al revés, para atacar y alimentarse. La estructura síquica del animal está programada para distinguir de forma automática entre su cuerpo y todo el resto del medio ambiente que le rodea.

El animal debe poder proteger su organismo sabiendo distinguir qué animal es una presa posible y cuál es un predador potencial para él. También tiene que distinguir entre su cuerpo y el de otros. Sino, ¿podría llegar al extremo de comerse él mismo una pata!

En el ser humano, que físicamente es un animal, ese sentido de un yo distinto de lo que le rodea perdura pero como posee un intelecto que le permite intuir que es algo más que un cuerpo animal, se ve desgarrado entre, por una parte sus tendencias animales, o materiales y por otra su aspiración a lo sutil, o espiritual.

Esa parte doble de la naturaleza del ser humano ha sido representada en la mitología griega por el centauro. En la mitología china, el hombre es el intermedio entre el Cielo y

la Tierra, entre el espíritu y la materia. En la simbólica hebrea, el sello de Salomón o estrella de David, consta de dos triángulos inversos; el que tiene la punta hacia abajo simboliza, entre otras cosas, al espíritu que baja y se encarna en la materia, mientras que el otro representa a la materia que sirve de base para elevarse hacia lo espiritual.

Esa distinción entre yo y no-yo no se refiere ya sólo al cuerpo sino que, por proyección, se extiende a todos los ámbitos de la vida. Y de la misma manera que el animal - si puede - lucha con uñas y dientes para defender su cuerpo, el ser humano defiende a toda costa su famoso yo y todo lo que, por los mecanismos de identificación y proyección, le parece ser relacionado con él. Es como si fuese una pirámide puesta al revés que descansa sobre su punta: de niño se identifica primero con su cuerpo, luego con sus padres, luego con su entorno, con “su” país, con los hijos de su cuerpo, con sus ideas que le gusta adornar con la palabra ideales, con sus opiniones y sobre todo con la idea de sí-mismo, es decir de un ego separado.

Pero como el ser humano tiene la potencialidad de reconocer lo que es realmente, es decir la Conciencia-en-sí, su tarea debe ser la de esforzarse por liberarse de la idea de ser sólo un organismo psicosomático y por medio del estudio, la reflexión, el esfuerzo, un trabajo desinteresado, etc. llevar a la práctica el conocimiento teórico que haya podido obtener.

Conviene observar que, si se analiza con más profundidad, en realidad quien emprende ese viaje y quien lo lleva a cabo es la propia Conciencia o si se quiere, Dios mismo.

Cuestionamiento del investigador

El problema es que uno empieza a reflexionar sobre la vida a partir de lo que él cree ser, es decir un ser humano con un cuerpo, un nombre, una edad determinada, etc. Da por hecho que él es así y empieza a hacerse preguntas desde este punto de observación (que en realidad es ficticio). No se cuestiona si este punto de salida es realmente el inicio de su facultad de conocer. No cuestiona la realidad del que hace la investigación. No se plantea cual es la naturaleza del investigador. Y sin embargo esto es un punto capital, porque si el investigador es falso, sus conclusiones lo serán también.

La tarea del ser humano en este mundo consiste pues en buscar “su” divinidad, su auténtica naturaleza escondida en lo más profundo de él, el tesoro que, según una alegoría, los dioses, celosos de sus privilegios, escondieron en el único sitio donde no pensaría jamás buscar: en él mismo. El hombre siendo, como se ha dicho, mitad ángel, mitad bestia debe vencer a su naturaleza animal para que en él triunfe el espíritu. Debe dejar de comportarse como un animal, porque no es su verdadera naturaleza, y purificar su mente para que en ella pueda reflejarse la luz del espíritu, su naturaleza divina.

Para nosotros, esa conciencia habitual – la de andar por casa – esa idea-sensación-sentimiento del yo personal, es lo más valioso que parecemos tener. Pero hay que ser dispuesto a sacrificar esa idea para acceder a la vida eterna de la Conciencia omnipresente. Lo que hay que sacrificar es la idea de ser ese cuerpo, como lo encarnó el Cristo con su crucifixión.

Podríamos decir que el hijo del hombre (la idea “yo soy fulanito tal”) ha de ser sacrificado para que, al desaparecer la idea de ser solo un organismo psicosomático, la conciencia individual se de cuenta de su verdadera naturaleza, que es la misma que la del Padre, y pueda así acceder a la vida eterna.

Esta afirmación se refleja también en el budismo con la idea del aniquilamiento para acceder al nirvana. Así mismo habla el sufismo del “*Fana*”, es decir, de la extinción (de la idea de un yo personal).

Así se puede comprender porque:

- “Los últimos serán los primeros”.
- “Es más difícil para el rico entrar en el reino de los Cielos que para el camello entrar por el ojo de la aguja” (acerca de esta imagen extraña, algunos expertos dicen que hubo una confusión entre dos palabras griegas: *kamelon* que significa “camello” y *kamilon* que designa una “cuerda gruesa con la que se amarran los barcos a los muelles”. Por otra parte en arameo, *gamla* puede significar tanto camello como cuerda (hecha con pelos de camello).

Notemos que la riqueza no tiene que ser forzosamente material. Se trata de no estar apegado a lo que creemos ser nuestras posesiones, que esas sean en forma de bienes, hijos, logros, conocimientos, ideas, etc.

- “Él que querrá salvar su vida la perderá”.
- “Niégate a ti mismo y sígueme”, etc. “Él que se eleva será rebajado”.
- “Te doy las gracias por haber ocultado estas cosas a los doctos y eruditos y haberlas revelados a los simples de espíritu”.
- “Ninguno entrará en el reino de los Cielos si no es como un niño” (porque los niños pequeños viven en el presente y el presente es un regalo, el regalo divino que es el puente entre el ser humano efímero y lo Eterno (Podemos observar igualmente que Eterno es uno de los nombres de Dios en la Biblia). El Dios vivo está en el presente

El ser humano habitual (nosotros) se sitúa entre dos extremos. De un lado está el “Yo y el Padre somos uno” (y por consiguiente nosotros también puesto que somos los hijos de Dios), y del otro lado el: “Polvo eres y al polvo volverás”.

¿Qué es ese Padre, ese Padre que está en los cielos? ¿No será eso que nos hace decir “yo” a cada uno de nosotros? ¿Este “Yo” común a todos? En efecto, no tenemos un “Yo” grande o un “Yo” superior, ni un “yo” grande y un “yo” pequeño. Sólo hay un “Yo”: el “Yo” de todos, el único “Yo”. Es el “Yo” de siempre, de todo, de todos. “Antes que Abraham yo soy”. “Yo soy el que soy”.

Es como si Eso, Lo que es, Dios, se identificara con el cuerpo y la mente. Pero es ese cuerpo que es polvo y que no permanecerá ni tampoco los contenidos de la mente. Por eso “Él tiene que crecer y yo disminuir”, es decir la conciencia de ese “Yo” único debe sustituir esa conciencia de creerse fulano tal o manganita tal.

Para encontrar su verdadera naturaleza, y por ende la felicidad, el ser humano debe luchar contra la fuerza de inercia que le hace caer y recaer en el sueño del estado de vigilia.

La lucha entre la luz del espíritu y las tinieblas de la falsa identificación a un yo privado está representada en muchos mitos y cuentos. Aladino debe recuperar la lámpara mágica (la luz de la conciencia) sin mirar a las joyas al lado del pasillo (las riquezas y los placeres de esta vida) para entregarla al mago malo y codicioso (el yo). Es Hércules luchando contra la hidra y sus cabezas que se reconstituyen siempre (el yo con sus mil rostros), Saint Miguel luchando contra el dragón que guarda la entrada al tesoro oculto (en nuestro interior), el Príncipe valiente que debe liberar a la princesa (la Bella Durmiente) dormida (“nuestra” conciencia), en un bosque espeso y oscuro.

Podemos decir de paso que en el Islam la gran *guerra santa*, la *Yihad* (que por otra parte se puede traducir también por “esfuerzo” por seguir los preceptos del Islam) es contra uno mismo, contra sus propias pasiones, mientras que la pequeña guerra es contra los enemigos exteriores.

En los cuentos, el tema del sueño es recurrente. ¿Qué es lo que duerme sino nuestra inteligencia que crea sus sueños?

Tenemos a Blancanieves, la inteligencia del espíritu (blanca y inmaculada como la nieve virgen, es decir no condicionada, vacía de prejuicios, complejos y traumas, etc.) que se ha dormido debido al regalo envenenado por los celos de la bruja (el yo que quiere hacerse con los atributos de la conciencia), y que debe ser despertada por el amor del Príncipe, del Principio Único, del Espíritu. Nuestra verdadera naturaleza obscurecida está representada también por el patito feo que no sabe que es un cisne hasta que se mira en el espejo del intelecto purificado en la cual se refleja la blancura inmaculada y la pureza de la Conciencia.

Podríamos seguir con más historias, por ejemplo la del pequeño león que no sabe ni que es un león, ni que es el rey de un reino que ha sido usurpado por su tío codicioso (el sentimiento del Ego).

Entre paréntesis, podemos observar que los cuentos de hadas, los cuentos para los niños, los cuentos que, visto desde una racionalidad cerrada no cuentan, contienen en realidad muchas más verdades de los que nos cuentan en los medios de información y en los libros científicos (que por otra parte está muy bien leer cuando son escritos por científicos serios y honestos) que nos suministran verdades “provisionales”; hora bien, una verdad provisional no es realmente una verdad.

Deberíamos fijarnos más en los cuentos para niños que en los cuentos (no que en las cuentas) de los políticos.

Las parábolas cumplen la misma función que los cuentos y podemos por lo tanto pasar a la del buen mercader: como él, debemos vender todas las joyas de menor valor (los bienes y valores de este mundo) para poder adquirir la joya suprema de nuestra verdadera naturaleza.

Todas las religiones y tradiciones espirituales apuntan hacia lo mismo y nos instan a encontrar nuestra verdadera naturaleza.

- “Buscar y encontraréis”.
- “El Reino de Dios está en vuestro interior”.
- “Buscar el reino de Dios y todas las cosas os serán dadas por añadidura”.
- “Conócete a ti mismo y conocerás al mundo y a los dioses”.

Pero necesitamos un guía, un pastor, para enseñarnos el camino (soy el camino, la luz y la Verdad), alguien que haya recorrido el camino y que pueda alumbrarnos (Buda, el iluminado, o Jesús: “YO SOY el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí).

El sentido del yo ficticio podría representarse por Satanás, el adversario, el que no se somete a la voluntad de Dios, el que quiere ser el igual de Dios; es el usurpador, la parte que se toma por la totalidad.

La vida después de la muerte

Las religiones nos hablan siempre de la vida después de la muerte pero nadie ha vuelto para contarnos si hay algo después de la vida.

- Si se admite el caso de la telepatía, por ejemplo, significa que los obstáculos del tiempo y del espacio pueden ser superados en cuestión de conocimiento. Entonces, ¿resulta absurdo pensar que personas que tenían una gran afinidad entre ellas en esa vida pudiesen establecer un contacto cuando una de ellas pase a un estado post-mortem?

¿Existe la reencarnación?

- No hemos podido haber nacido de la Nada. No hay efecto sin causa. Hablar de genes equivale a atribuir la responsabilidad de una buena o mala noticia a la carta que las trae. Mi nacimiento debe ser la consecuencia de algo. De la misma manera que un peral ha nacido de la semilla de una pera, un ser humano debe haber existido ya potencialmente antes de nacer.

Pero si la reencarnación existe, ¿qué es lo que se reencarna?

- De la misma manera que el concepto de Dios varía entre un individuo y otro, existen igualmente conceptos más específicos que también son proyecciones personales. Así, por ejemplo, el concepto de reencarnación. Dado que la cuestión de la reencarnación que se nos presenta bajo un aspecto deformado en Occidente es placentera para el ego, ha suscitado muchas creencias, unas más fantasiosas que otras.

Normalmente o mejor dicho, comúnmente, uno se identifica con su nombre, su apellido, su sexo, su oficio, su nacionalidad, su estatus social, sus posesiones; se identifica como hijo de tal y padre de cual, se identifica con sus virtudes y defectos, etc. Pero si nos fijamos, todos estos atributos se desprenden de la identificación-madre que es la identificación con el cuerpo. Se basan en la creencia de que somos este cuerpo.

Si renacemos, al no tener el mismo cuerpo, no tendremos el mismo cerebro y por lo tanto ya no estarán los contenidos cerebrales del cuerpo anterior. De forma que no nos acordaremos de los eventos vividos en aquel entonces. Es como si, en nuestra situación actual, perdiésemos la memoria. ¿Qué sería de nosotros? Visto desde nosotros mismos, no tendríamos ni nombre, ni apellido, ni padres, ni hijos, ni país, ni estatus social, ni profesión, ni posesiones, etc.

Según las Enseñanzas, lo que vuelve, no es la misma personalidad, sino las tendencias profundas, las huellas dejadas en la psiquis por las experiencias anteriores. Se dice que es como el olor que queda en un frasco cuando ha desaparecido su contenido. Hay que subrayar que en efecto, si bien la memoria del cerebro desaparece, la memoria extra-cerebral del alma y del espíritu permanece.

Si hacemos una comparación con velas, lo que subsiste es la llama; las velas se funden, la llama permanece. Es la misma llama en distintos cuerpos. Los cuerpos sucesivos son las velas, pero lo que se manifiesta en la materia son las características no materiales. De la misma manera que la vela constituye la posibilidad de manifestación de la llama, el cuerpo constituye la posibilidad de manifestación del alma. La vela es la sub-stancia (*sub*, debajo, *stare* estar) es decir lo que está debajo, el soporte. Observaremos de paso que la tendencia de la cera de la vela es de ir siempre hacia abajo mientras que la tendencia de la llama es de ir siempre hacia arriba. ¿Será por casualidad? ¿O puede ser muy simbólico?

¿Cómo puede la psiquis existir sin el cuerpo?

- En la vida encarnada, la psiquis se manifiesta utilizando el cuerpo físico y el cerebro. Cualquier deterioración del cerebro priva de forma más o menos completa la psiquis de sus medios de expresión. Pero incluso si la psiquis se ve privada de sus medios de expresión, no significa que no exista ya, de la misma manera que cuando se estropea una radio, no desaparecen ni la emisora, ni las ondas.

El cerebro no fabrica el pensamiento sino que permite la expresión de la psiquis en el mundo físico.

Entonces, la cuestión fundamental que nos debería de preocupar es la siguiente: ¿mis actos, sentimientos y pensamientos tendrán, o no tendrán, consecuencias para “mí”?

Observación:

Cuando se habla del Señor, se “personifica” a Dios, se habla de Él como de una persona, porque para poder comunicar con personas, Él debe manifestarse como persona. En efecto, con nuestra mente limitada nos resulta difícil, incluso imposible, representarnosLe como realmente es, a saber: sin principio ni fin, Ilimitado, Omnipresente, Omnisciente, Todopoderoso y Eterno.

Por otra parte, es también el Señor en el sentido de *dueño*, porque nosotros lo debemos todo a *Eso*. Nada es nuestro, excepto la tontería. Todo lo bueno que hago es de “Dios”, todo lo malo es mío.

Nada es nuestro porque nosotros no hemos hecho nada. Ni el cuerpo, como hemos visto, ni los elementos que nos permiten vivir: los elementos, es decir, el agua, la tierra, el sol, etc. No hacemos circular ni el aire, ni la sangre. Nuestras células cambian sin que se nos pregunte nuestro parecer. Dependemos del panadero y del médico, del jefe o del cliente. Estamos condicionados. Condicionados por nuestros genes, nuestro carácter, el contenido de nuestra memoria, la familia y el ambiente socio-cultural. Las estructuras de la mente son el producto de la especie y de la época. En el interior de esas estructuras, las ideas vienen y se suceden independientemente de mi voluntad.

Por otra parte, ¿hacemos nuestra inteligencia y nuestra voluntad? Si es así, ¿por qué tenemos tampoco, ya que todo el mundo quiere tener más de ambos?

El libre albedrío

¿Entonces, no tenemos libre albedrío?

- No se podrá “resolver la cuestión” de la libertad humana si no tenemos cuidado en distinguir 2 planos: el de lo Absoluto y el de lo relativo.

1) El plano de lo Absoluto, de lo Intemporal.

En el Absoluto reina un orden total, perfecto, resultante de la suma de todos los desequilibrios parciales ocurriendo en la manifestación. En él, no hay ninguna dualidad porque siendo todo, no se le puede oponer nada.

Además, siendo Dios omnipotente, nadie puede oponerse a Su voluntad.

Si se dice que las cosas ocurren en función de la casualidad, contestaremos que decir que el azar existe equivale a decir que una cosa puede existir sin una causa. En último análisis esa afirmación es exacta porque una cosa no existe por *una* causa sino por *todas* las causas. En efecto, una cosa es como es, porque todas las demás cosas son como son.

El mundo es un teatro y nosotros somos como marionetas que parecen actuar, mientras que en realidad somos movidos por los hilos del Destino entre las manos de “Dios”.

2) El plano de lo relativo, de lo temporal.

Toda manifestación está hecha de opuestos; una cualidad existe por tener su opuesto.

El calor y el frío no tienen una definición absoluta y solo existen en relación el uno con el otro; son términos comparativos lo mismo que grande y pequeño, fuerte y débil, bello y feo, bueno y malo, etc.

Entonces, si todo es relativo en el plano en el cual nos encontramos, ¿no hace falta seguir una moral!

- Por lo contrario es absolutamente necesario. No podemos hacer todo lo que nos viene en gana, diciendo: "yo no soy responsable de nada". Porque cuando uno actúa bien, se atribuye el mérito de ello. En consecuencia y buena lógica, uno se debe atribuir también lo malo cuando ocurra, y tratar de actuar en consecuencia a la luz de "su" conciencia.

En la vida en cada momento debemos, y podemos elegir entre por lo menos dos opciones, tales como: voy o no voy, lo hago o no lo hago, lo digo o no lo digo, sigo o lo dejo, etc. Desde el plano relativo, que es el de nuestra perspectiva ego-centrada actual tenemos esta posibilidad de elección.

Objeciones

Pero no hay nada científico en la espiritualidad y en realidad todo eso son solo ideas.

- Contestaremos tres cosas:

La primera es que en realidad todo el mundo tiene su propia filosofía, aun si uno no está siempre conciente de ello. Notaremos de paso que las teorías materialistas también son ideas y por lo tanto, no son mera materia.

La segunda es que es verdad, todo lo expuesto son solo ideas. Pero esa afirmación también es una idea. Solo que hay ideas que, potencialmente, son más susceptibles que otras de acercarnos a la verdad. O se podría decir también que la idea de Despertar y de espiritualidad es una ayuda por la cual vamos de ilusiones groseras a otras cada vez más ligeras hasta poder "perforar la pared" de la separación. (Sería mejor decir: hasta darnos cuenta que no ha habido nunca ni pared, ni separación.

La tercera es que si uno quiere investigar a los canguros de Australia tendrá que realizar experiencias con ellos en Australia y no con los elefantes de África. De la misma manera, las "experiencias espirituales" tienen que tener a uno-mismo como campo de aplicación. No se podrán realizar desde el exterior. Por mucho que se quiera demostrar desde el exterior que soy feliz o que no lo soy, la "prueba" de mi felicidad estará en mí mismo.

El océano no es afectado por lo que las olas opinen de él. Asimismo, Dios no es afectado por lo que se pueda pensar de Él.

De la misma manera que ningún recipiente puede contener al disolvente universal, ningún concepto puede "contener" a Dios, o la Verdad, o la Realidad.

Nada ni nadie puede negar a ESO que, como el silencio, está antes, debajo y después de las palabras y que, como el espacio, lo contiene todo y está a la vez dentro de todo. Frente a ESO, toda negación desaparece como un copo de nieve que cae en el fuego o como las tinieblas que se desvanecen con la luz.

Terminaremos con lo que es el Alpha y Omega, el comienzo y el final, la base y la cúspide, el principio y el fin de todo, que es LO QUE ES, y cuyo descubrimiento es la finalidad de la vida humana:

DIOS (extractos sacados de la obra titulada *Senda divina* de Sivananda (P.138-139).

"Dios es la realidad única. Dios es tu creador, salvador y redentor. Lo impregna todo. Habita en tu propio corazón. Siempre está cerca de ti. Se halla más próximo a ti que incluso tu propia yugular o tu nariz. Él te ama. Él puede hablarte. No puedes descubrir a Dios por medio del intelecto. Pero sí puedes hallarle por medio del sentimiento, la meditación, la experiencia y la realización.

¿Quién es Dios?

La lámpara de gas no habla, sin embargo, brilla e ilumina todo a su alrededor. El jazmín no puede hablar, pero desprende su fragancia en todos sentidos. El faro no golpea ningún tambor, pero envía su luz amistosa al marinero. Lo Invisible no hace sonar ningún gong, sin embargo, Su omnipresencia la siente el sabio desapasionado y discriminador.

Tras todos los nombres y formas existe una Esencia sin nombre ni forma. Tras todos los gobernadores se halla el Gobernador Supremo. Tras todas las luces brilla la única Luz de luces. Tras todos los sonidos yace el Silencio Supremo e insonoro. Tras todos los maestros se halla el único y Supremo Gurú.

Tras todas estas cosas perecederas existe lo absoluto e imperecedero. Tras todos los movimientos se halla lo Infinito impasible. Tras el tiempo, los minutos y los días se extiende la Eternidad única, más allá del tiempo. Tras el odio, el desenfreno y las guerras yace el Amor único y oculto.

Él se halla libre de todo mal y de toda limitación. Es omnipotente, omnisciente y omnipresente. No tiene principio, ni continuación, ni fin. Habita en el interior de todos los seres. Lo controla todo desde el interior.

Dios es todo en todo. Dios es la única realidad en este universo. Las cosas existen por la luz de Dios.

Dios existe siempre. Todo depende de Él. Pero Él no depende de nada. Él es la Verdad.

Dios es el fin o la meta de toda *Sādhanā* yóguica (*sādhanā* significa: "*práctica espiritual*". Literalmente, quiere decir "*medios para conseguir algo*" o, más específicamente: *la práctica espiritual*. En cuanto a la palabra *yoga* su significado es *unión* y por lo tanto es la disciplina que lleva a la unión con la Trascendencia.

Dios es el centro hacia el cual tienden todas las cosas. Él es el propósito o el bien más elevado del mundo. Cuando uno padece hambre, existe alimento para aplacar esa hambre. Cuando uno siente sed, existe agua para saciar esa sed. De igual modo, puesto que existe la necesidad de sentirse siempre feliz, debe haber algo para satisfacer ese impulso. Ese algo es Dios, la manifestación de la felicidad. Dios, la Inmortalidad, la Libertad, la Perfección, la Paz, la Dicha, el Amor, son todos ellos términos sinónimos.

¿Qué es Dios?

Lo Supremo es indefinible, a pesar de que los eruditos den explicaciones intelectuales acerca de Ello absolutamente inciertas.

Cada hombre tiene su propio concepto de Dios. El Dios del militar lleva casco. El Dios del hindú lleva unas marcas sobre Su frente y porta un rosario y una guirnalda de

flores. El Dios del cristiano lleva una cruz. Para algunos, Dios tiene alas. El búfalo piensa que Dios es un búfalo muy grande.

Tal concepto antropomórfico de Dios es, obviamente, pueril. Lo más importante en la vida es obtener un concepto adecuado de Dios, pues tu creencia en Dios gobierna tu vida entera.

¿Existe Dios?

Dios se halla más allá de la imaginación humana; sin embargo, es una realidad viva. Brahmán no es una abstracción metafísica. Es el ser más real y completo que existe.

La existencia de Dios no puede probarse por medio de la experimentación científica. Lo Absoluto desconcierta incluso a la mente del más grande erudito. Se escapa incluso al más poderoso intelecto. Es experimentado como pura consciencia allí donde cesa el intelecto, donde acaba la erudición y donde el ser mismo se pierde todo él por entero. Todo se pierde y todo se halla.

¿Necesitas pruebas de laboratorio? ¡Muy inteligente, sin duda! Deseas limitar al Dios ilimitable, que todo lo impregna, en tus tubos de ensayo, sopletes y sustancias químicas. Pero Dios es la fuente de tus sustancias químicas. Él es el substrato de tus átomos, electrones y moléculas. Sin Él, ningún átomo ni electrón puede moverse. Él es el gobernador interno.

Es Dios quien confiere su poder a nuestros sentidos, percepción a nuestra mente, discernimiento a nuestro intelecto y fortaleza a nuestros miembros. Es por medio de Su voluntad que vivimos y morimos. Pero el hombre imagina orgullosamente que él es el actor y el experimentador. El hombre no es nada ante el Poder regulador y todopoderoso que dirige los movimientos del universo.

La voluntad de Dios se expresa por doquier como la ley. Las leyes de gravedad, conexión, relatividad, causa y efecto, las leyes de la electricidad, de la química, de la física y todas las leyes psíquicas, son expresión de la voluntad de Dios.

Así como explicamos todo en la naturaleza por medio de la ley de causa y efecto, la naturaleza como un todo requiere, así mismo, una explicación. Debe tener su propia causa, la cual ha de ser distinta de su efecto. Esa causa debe ser alguna entidad sobre-natural, es decir, Dios.

La naturaleza no consiste en una mera colección casual de acontecimientos, ni en un mero conjunto de accidentes, sino que es un algo ordenado. Los planetas giran ordenadamente en sus órbitas; las semillas crecen regularmente convirtiéndose en árboles; las estaciones se suceden unas a otras en un orden. Sin embargo, la naturaleza es insensible, o *Yada*. No puede auto-ordenarse. Requiere, pues, la existencia de un ser inteligente, Dios, quien es responsable de ella. Incluso Einstein, el famoso científico, estaba profundamente convencido de que el universo fue creado por una Inteligencia Suprema.

Aunque no puedes ver las estrellas durante el día, a pesar de ello, existen. Aunque no puedas ver al sol en un día nublado, a pesar de ello, existe. De igual modo, aunque no puedas ver a Dios con estos ojos físicos, a pesar de ello, existe. Si desarrollas la vista divina, o el ojo de la intuición, por medio de la práctica de la meditación, podrás entonces contemplarle.

Dios es la prueba de Sí mismo. No requiere de ninguna prueba, pues Él mismo es la base del acto o del proceso de demostración.

¿Dónde está Dios?

¿Dónde está Dios? No hay ningún lugar en el que no esté. Así como un solo hilo penetra todas las flores que componen una guirnalda, un único Ser impregna, así mismo, todos los seres vivos. Está oculto en todos los seres y en todas las formas,

como el aceite en la semilla, la mantequilla en la leche, la mente en el cerebro, el *Prana*, o la energía, en el cuerpo, el feto en la placenta, el sol tras las nubes, el fuego en la madera, el vapor en la atmósfera, la sal en el agua, la fragancia en las flores, el sonido en el disco, el oro en el cuarzo, los microbios en la sangre, etc.

Dios mora en todos los seres como la vida y la consciencia. Dios es el rugido del león, el canto del pájaro y el lloro del recién nacido. Siente Su presencia en todas partes.

Contempla a Dios en las alas de la mariposa, en las letras Alfa y Omega, en la tos del enfermo, en el murmullo del arroyo, en el sonido de la campana. Contempla la maravilla de la faz del Señor en cada objeto de este mundo.

Cada aliento que fluye en la nariz, cada latido que da el corazón, cada arteria que pulsa en el cuerpo, cada pensamiento que surge en la mente, te dicen que Dios está cerca.

Cada flor que emana fragancia, cada fruta que te atrae, cada suave brisa que sopla, cada río que manso fluye, hablan de Dios y de Su misericordia.

El vasto océano con sus poderosas olas, los inmensos *Himalayas* con sus glaciares, el sol y las estrellas brillantes en el cielo abierto, el majestuoso árbol con sus ramas, los frescos manantiales en las colinas y en los valles, te hablan acerca de Su omnipotencia.

La suave música de los cantantes, las conferencias de los oradores enérgicos, los poemas de los poetas famosos, los inventos de los hábiles científicos, las operaciones de los diestros cirujanos, los dichos sagrados de los santos, los pensamientos del *Bhágavad Guita*, las revelaciones de los *Upanishads*, hablan de Dios y de Su sabiduría.

Todo es Dios. El bien es Dios. El infortunio es Dios. Reconócele en todo y descansa pacíficamente en la dicha.

Dios impregna el universo entero. Camina disfrazado de mendigo. Se lamenta dolorido, disfrazado de enfermo. Vaga por el bosque vestido de harapos. Abre tus ojos. Contéplale en todo. Sirve a todos. Ama a todos.

Siente la Presencia Divina en todas partes; en cada forma, en cada pensamiento, en cada sentimiento y en cada afecto, en cada movimiento y en cada emoción.

Dios, visto a través de los sentidos, es la materia. Visto a través del intelecto, es la mente. Y visto a través del espíritu, es el *Atman*, o el Ser.

El Señor habita en tu interior. Él es el gobernador interno, o *Antarjain*, que guarda y controla tu vida. Él está en ti y tú estás en Él. Se halla muy próximo a ti. Él no se halla lejos de ti, sino que está más próximo a ti que tú mismo. Este cuerpo es, en realidad, Su templo móvil, cuyo sanctum sanctorum es la estancia de tu corazón. Cierra tus ojos. Abstrae tus sentidos, o *Indriyas*, de los objetos sensoriales. Búscale en tu propio corazón con una mente firme, con devoción y con un amor puro. Entonces le hallarás, sin duda. Él te espera ahí con sus brazos abiertos para abrazarte. Si no puedes hallarle ahí, no podrás hallarle en ningún otro lugar".

(Fin de la citación)

Todo lo expresado solo es un esbozo y merecería ser desarrollado mucho más. Habría que hablar también de otro tema fundamental, por el cual ni los filósofos, ni la gente en general parecen interesarse, que es el de los tres estados de la vida humana: el de la vigilia, el del sueño con sueños y el del sueño profundo. Reviste una importancia capital para abordar la condición humana, pero parece que nadie se percata de ello; quizá porque estamos tan acostumbrados a esos estados, nos parecen tan naturales, que no nos hacemos preguntas acerca de ellos. Pero nos llevaría demasiado lejos ocuparnos de ellos en este pequeño estudio.

Puede que uno piense que lo se ha tratado es algo como esas cosas que son teóricas y que no se pueden llevar a la práctica porque no “funcionan” en la realidad. Para contestar, podemos hacer una comparación con el esquí: un conocimiento teórico de la técnica del esquí no contradice su práctica, sino todo lo contrario. El símil se refuerza también con el hecho de que el conocimiento teórico del esquí, por muy bueno y extenso que sea no equivale a saber esquiar. La práctica es indispensable. Pero si alguien ve a una persona esquiar mal, no significa que esa persona no tenga un buen conocimiento teórico de ese deporte y que no pueda transmitir a una persona que quiera aprender a esquiar ese conocimiento teórico que le será muy útil para empezar su práctica.

De manera similar, un loro que escuchase a un maestro e incluso si fuese capaz de repetir sus enseñanzas, no podría sin embargo sacar provecho de ellas. Pero una persona que escuchara al loro, ella sí podría beneficiarse de ellas. O sea que: ¡estad al loro!

Por eso tengo que decir que uno puede escribir enciclopedias sobre el sueño y el despertar y sin embargo permanecer dormido...

Si bien es verdad que hay muchos llamados y pocos elegidos, eso no debe ser un pretexto por no esforzarse en el intento de pasar de la metafísica explicada a la metafísica aplicada.

Como conclusión de un tema que no puede tener ninguna – excepto quizá el Silencio – solo podemos desear que la semilla de la duda crezca en los escépticos y que empiecen a dudar de sus dudas...

Indice

P. 1 línea	3	Introducción
P. 1 línea	39	Determinación de lo que es importante en la vida
P. 2 línea	9	Dudas sobre las enseñanzas
P. 2 línea	42	Concordancia de las religiones
P. 3 línea	25	La cuestión de la muerte
P. 4 línea	25	Diferentes tipos de creyentes
P. 5 línea	17	La indiferencia respecto a lo espiritual en el mundo moderno
P. 6 línea	47	Los conceptos acerca de Dios
P. 7 línea	34	La inteligencia
P. 9 línea	5	Ser - Conciencia - Beatitud
P.11 línea	23	La búsqueda de la plenitud
P.12 línea	29	La relatividad de las apariencias
P.14 línea	1	La búsqueda de la felicidad
P.15 línea	14	El problema del mal
P.16 línea	14	La naturaleza doble del ser humano
P.17 línea	19	Cuestionamiento del investigador
P.19 línea	40	La vida después de la muerte
P.21 línea	24	El libre albedrío
P.22 línea	14	Objeciones
P.23 línea	1	Dios (extractos de Senda divina de Sivananda)